
¿Por qué ha fracasado el liberalismo?

Patrick Deneen

Madrid – Rialp, 2018

ISBN: 9788432150111

Hoy resulta complejo concebir formas de gobierno distintas a la democracia liberal, todas aquellas que no se asimilen a su estructura nos suscita aires de desconfianza y anacronismo. Pero el liberalismo también atraviesa su propia crisis de confianza y aquellos beneficios que prometía traer desde su creación han devenido en sus contrarios, mostrando así una profunda crisis que porta desde sus raíces. Esta es la tesis de Patrick Deneen, profesor de Ciencias Políticas por la Universidad de Notre Dame, que desarrolla en su reciente libro *¿Por qué ha fracasado el liberalismo?* El sugestivo título desconcierta pero esconde parte de su tesis principal porque el uso del pretérito no es casual en este caso. Para Deneen, el liberalismo ya fracasó y lo hizo particularmente porque ha tenido éxito. Su fracaso proviene del despliegue libre de todas sus propuestas, de la realización de sus promesas y de la fidelidad a sus principios.

Una filosofía política que aspiraba a promover una mayor igualdad, defender un plural tapiz de diferentes culturas y creencias, proteger la dignidad humana, y, por supuesto, expandir la libertad, en la práctica genera una desigualdad titánica, promueve la uniformidad y la homogeneidad, impulsa la degradación material y espiritual, y socava la libertad (Deneen, 2018: 12).

Aquellas patologías sociales que percibimos hoy amenazan la dignidad y la libertad de los hombres, comprometen sus relaciones sociales y los aíslan cada vez más. La democracia liberal se ha estancado en la irresoluble disputa entre la izquierda identitaria y globalista frente al aumento de las derechas reaccionarias y populistas, corriendo peligro en ambos extremos. El retroceso de la democracia occidental en los últimos años coincide con su fracaso en las economías regionales¹; la inconsistencia interna entre la tolerancia de las minorías y la cancelación de posturas opuestas; la ilusión de la neutralidad política en los compromisos morales frente a la actual supresión de valores; la pérdida de los criterios científicos y morales frente a estándares mediáticos y emocionales; y la abolición de todo aquello propio de cada cultura en pos de una multiculturalidad *uniforme*. Para Deneen, estas deformaciones y todo el espectro de efectos propios de la cultura liberal actual descansan en dos falsas premisas asumidas por los teóricos liberales

¹ Cfr. Applebaum, A. (2020). *El ocaso de la democracia*. Debate.

que presentan una idea propia de hombre: la noción voluntarista de la elección y la guerra contra la naturaleza.

Ambas características antropológicas presentan una concepción de hombre distinta a la presentada por la filosofía clásica, por lo tanto, también estructuras y realidades sociales diferentes. Comprender la *cuestión* antropológica del liberalismo es entender de antemano sus peligros y prever sus desafíos. Este asunto fue percibido por uno de los primeros analistas de la democracia liberal, Alexis Tocqueville, quien si bien simpatizaba con los beneficios que esta parecía aportar, fue también un gran crítico por sus potenciales amenazas. El politólogo francés fue testigo del nacimiento de la nación estadounidense, que reposa sus fundamentos en los ideales de la filosofía liberal. En este encuentro con esta realidad totalmente nueva, Tocqueville diagnostica aquellas mismas patologías nombradas, aunque sin haber visto el desarrollo de la enfermedad, coincidiendo con el análisis de Deneen, con quien lo separan cerca de dos siglos. Deneen rescata la figura de Tocqueville a lo largo del libro, utilizando sus textos como crítica a la sociedad liberal.

I. El liberalismo como anticultura

Según Deneen, los arquitectos del liberalismo desarrollaron una noción de libertad que se distanciaba de su idea clásica. Para los pensadores antiguos, la libertad iba estrechamente unida con la virtud y la naturaleza. La libertad se *adquiría* por medio de la virtud y la educación, de hecho, este era el objetivo de las *artes liberales*, proveer al hombre las herramientas para liberarlo de aquello que le impedía decidir con lo más propio de su naturaleza, la razón. En cambio, la noción moderna tiene una característica propia que hemos mencionado antes como el principio *voluntarista de la elección*. Este principio normativo atraviesa todas las interacciones sociales y es una de las principales características del *hombre liberal*. Para el hombre moderno, todo aquello que no sea elegido voluntariamente o mediado por un *contrato* tiene que ser cuestionado y derribado, sin importar su valor, dado que la libertad es superior a todo. La cultura es una de sus víctimas constantes, ya que se opone evidentemente ante este principio normativo tanto en las costumbres locales, las tradiciones, modos de lenguaje, formas de ver el mundo, como en las creencias religiosas de la comunidad y estilos idiosincráticos.

De hecho, si nos remontamos al pensamiento hobbesiano, el hombre es concebido abstractamente en su condición natural, sin cultura, costumbres, elementos particulares de una comunidad, en síntesis, sin tiempo ni espacio. Este experimento mental hobbesiano que despoja al hombre de toda dimensión y particularidad social es una tendencia continua del liberalismo que hoy adopta formas de homogeneidad global, desprecio por la historia pasada y el anacronismo

severo con que se juzga el pasado cultural. La filosofía liberal tiene una particular concepción del tiempo como *presentismo*, en el cual se nota una hostilidad hacia el pasado y un desinterés hacia el futuro. Cada generación vive por sí misma y disfruta de sus logros contemporáneos, se vive como “tiempos fracturados” y desconectados culturalmente. Deneen cita oportunamente a Tocqueville, quien observó la tendencia peligrosa al *presentismo* y escribió:

La aristocracia une a todo el mundo, del campesino al rey, en una larga cadena. La democracia quiebra la cadena y libera cada eslabón [...] Por eso, la democracia no solo hace a la gente olvidar a sus ancestros, sino que además nubla la visión que tienen de sus descendientes y los aísla de sus contemporáneos. Cada persona es recluida en sí misma y existe un peligro real de que sea confinada en la soledad de su propio corazón (Tocqueville, 2018 citado por Deneen, 2018: 58).

Tocqueville intuye esta tendencia hacia el individualismo y le inquieta la incapacidad que podría generar en la vida de los ciudadanos dejar de verse como parte de un continuo cultural e histórico con su comunidad, en lugar del modo cortoplacista de la democracia moderna. Esta perspectiva moderna de relacionarse con el tiempo llegaría a ser contraproducente:

Una vez que demócratas se han acostumbrado a no pensar en lo que pasará cuando terminen sus vidas, caen fácilmente en una completa y brutal indiferencia respecto del futuro, una actitud que encaja demasiado bien con ciertas propensiones de la naturaleza humana. Tan pronto dejan de depender primordialmente de esperanzas futuras, son empujados naturalmente a desear hasta el último de sus deseos de inmediato [...] En consecuencia, siempre existe el peligro de que los hombres se entreguen a sus deseos efímeros y casuales, y que, renunciando por completo a todo lo que requiera de un esfuerzo prolongado para ser conseguido, nunca logren nada verdaderamente grande, nada que requiera calma y sea perdurable (Tocqueville, 2018 citado por Deneen, 2018: 58).

De modo semejante, el liberalismo también induce al *desarraigo*. El lugar donde uno nace es tan arbitrario como sus costumbres, el lenguaje o quienes resulten ser sus familiares. La condición solipsista del hombre liberal lo recluye en uno mismo en pos de liberarlo de aquellas formas de relación arbitrarias que no haya elegido voluntariamente, este es particularmente un origen de la aversión al patriotismo. El *ethos* social como esfera de desarrollo moral, conjunto de prácticas colaborativas, memorias comunes, de identidad con aquellos con quienes comparto suelo, idioma y religión, desaparece y solo pueden surgir asociaciones privadas y limitadas que retribuyan a los intereses egoístas de sus participantes. Tocqueville creía que una de las condiciones para estabilidad de la democracia era la coincidencia en un mismo *ethos* particular, que en el caso de los Estados Unidos

era proveído por la cosmovisión cristiana, pero que ya en su momento parecía diluirse:

Cada uno de ellos, retirado aparte, es como un extraño al destino de los demás, y sus hijos y amigos particulares componen para él toda la especie humana. En lo que respecta a sus conciudadanos, se halla al lado de ellos, pero no los ve; los toca, pero no los siente; no existe más que en sí mismo y para sí mismo y, si aún le queda una familia, puede decirse al menos que ya no tiene patria.²

La experiencia de Tocqueville tiene todavía vigencia aunque el proceso se ha ido acrecentando cada vez más. El liberalismo socava la cultura como secuela de su premisa antropológica: individuos abstractos en lugares abstractos. La consecuencia de este vacío cultural es igualmente analizada por Deneen:

Mientras que la cultura, la de verdad, es una acumulación de experiencias locales e históricas, la «cultura» liberal consiste en el vacío que queda cuando la experiencia local ha sido extirpada, la memoria se ha perdido y todos los sitios se parecen a cualquier sitio. Una panoplia de culturas reales es reemplazada por la celebración del «multiculturalismo», la reducción de la variedad cultural real a una homogeneidad liberal disfrazada con una variopinta vestimenta étnica (Deneen, 2018: 67).

II. Degradación de la ciudadanía

Si bien el término *democracia liberal* parece hacer referencia al autogobierno por parte de la sociedad civil, en la práctica los hombres participan esporádicamente de las cuestiones cívicas y crece el interés por recluirse en la *res idiotica* frente a la *res publica*. El liberalismo prometía la libertad en el autogobierno, colocando instituciones y mecanismos que equilibren el control del poder para evitar el despotismo y garantizar el gobierno de la mayoría. Pero para Deneen, lo que aparece es lo contrario, “una ciudadanía degradada merced al énfasis incansable del liberalismo en las cosas privadas frente a las públicas, en el interés particular por encima del espíritu cívico, y en la agregación de opiniones individuales por encima del bien común”.³

La relación que tienen los hombres con el Estado es manifiestamente vertical, en lugar de la horizontalidad esperada por los arquitectos del liberalismo. La democracia hoy es concebida como la ampliación de oportunidades y derechos, prosperidad económica, protección civil, respaldo de los intereses y propiedades privadas, todo concedido por parte del Estado. La filosofía liberal ha posibilitado

² Tocqueville, A. (2018). *La democracia en América* (selección). Rialp Colección Doce Uvas, p. 34.

³ *Ibid*, p. 110.

este desinterés en la participación cívica al escindir y delimitar las esferas privadas y públicas subordinando los bienes públicos a los privados. Recluir al hombre al solipsismo y desinterés civil no solo parece peligroso sino que lejos de fomentar el autogobierno, deja las condiciones para el surgimiento de un nuevo despotismo. De hecho, Tocqueville creía que la ausencia de la práctica del autogobierno y de la discusión o debate civil reduciría a la servidumbre de una serie de mandatarios distantes. Este es el gran peligro de desproteger la dimensión política a merced de la atención individual:

No estando más los hombres ligados los unos a los otros por ningún vínculo de castas, clases, corporaciones ni familias, se sienten demasiado inclinados a preocuparse sólo de sus intereses particulares, a contemplarse a sí mismos y a recogerse en un individualismo estrecho en que se ahoga toda virtud pública. Lejos de luchar contra esta tendencia, el despotismo la vuelve irresistible, pues priva a los ciudadanos de toda pasión común, de toda exigencia mutua, de toda necesidad de entenderse, de toda ocasión para actuar juntos; los encierra, por así decirlo, en la vida privada. Ya de por sí tendían a vivir aparte: él los aísla; se mostraban fríos unos a otros: él los congela.⁴

III. Conclusión

El enorme trabajo de Patrick Deneen no debe ser visto como una crítica simplemente reaccionaria y negativa a todo el aparato político de las democracias occidentales, ni mucho menos a los beneficios y logros alcanzados por medio de las instituciones y sociedades liberales. No es menor el hecho que el expresidente Barack Obama haya recomendado su lectura y colocado el libro de Deneen dentro de su lista de obras recomendadas, aun estando en desacuerdo con varias conclusiones de la obra:

En una época de creciente desigualdad, cambio acelerado y creciente desilusión con el orden democrático liberal que hemos conocido durante los últimos siglos, encontré este libro estimulante. No estoy de acuerdo con la mayoría de las conclusiones del autor, pero el libro ofrece percepciones convincentes sobre la pérdida de significado y comunidad que sienten muchos en Occidente, cuestiones que las democracias liberales ignoran bajo su propio riesgo.⁵

El objetivo del libro pareciera estar en visibilizar la crisis que atraviesa el liberalismo y replantear algunos de sus supuestos, algo que nuestro autor logra de forma bastante original. Pero Deneen evita, quizás intencionalmente, desarrollar

⁴ *Ibid*, p. 26.

⁵ Obama, B. [Barack Obama]. (16 de junio de 2018). *I'm often asked what I'm reading, watching, and listening to, so I thought I might share a short list from time to time*. [Publicación de estado]. Facebook. <https://bit.ly/3PWtV1b>

una *pars construens* o alternativas posibles al funcionamiento actual de la sociedad occidental, originando la duda acerca de la existencia de verdaderas alternativas. Aunque escaseen elementos propositivos en las conclusiones del autor, la aparición constante de los textos de Tocqueville en el libro subsana dicha carencia, si son interpretadas implícitamente como vías de funcionamiento para la democracia contemporánea.

Algunas de ellas son: la recuperación de la esfera comunal, como campo de relaciones entre pares y de asociaciones locales, vincularía nuevamente a los hombres, arrancándolos de sus meros intereses. También, el autogobierno desde las propias comunidades locales, particularmente municipales como experimentó Tocqueville, devuelve a los individuos la dimensión y el interés social. Tan pronto los hombres vuelven a los asuntos públicos

deben de dejar un tanto de lado sus intereses personales y de vez en cuando echar un vistazo a algo distinto de ellos mismos [...], cada hombre se percató de que no es independiente de sus conciudadanos, como solía suponer, y de que para conseguir su ayuda debe a menudo ofrecerles su ayuda a su vez (Tocqueville, 2018 citado por Deneen, 2018: 134).

Es quizás en este punto donde más se acerca a las filosofías comunitaristas actuales, como la del filósofo escocés, Alasdair MacIntyre, o aquella propuesta por el católico Rod Dreher.

La recuperación de la esfera común es indispensable para un funcionamiento más humano de la sociedad y es necesario su restablecimiento en formas contemporáneas: comunidades locales que prioricen la búsqueda de bienes comunes y las prácticas asociativas; economías domésticas con criterios no solo de incremento monetario; el cuidado de elementos y bagajes culturales que restaure la identidad propia de cada pueblo; la participación en instituciones de gobierno cercanas en lugar de la centralización del Estado nacional; en síntesis, una forma de vida de polis más auténtica, comunal y humana.

Jerónimo Ramírez
jeronimoram8@gmail.com